9. Las guerras de entreguerras y su literatura. Dos casos paradigma: el Musa Dagh y la guerra del Chaco

MIGUEL ÁNGEL VEGA CERNUDA
Grupo de Investigación MHISTRAD/TRADEC

El lapso de tiempo que trascurre entre 1919 (Versalles) y 1939 (inicio de la Segunda Guerra Mundial) figura en la historiografía epigrafiado con un término engañoso: período de «entreguerras». Al revés de lo que parece indicar la semántica del término, fue un período copioso en enfrentamientos bélicos de los que tanto la literatura como el cine han dejado testimonios explícitos que importa recuperar para la memoria por su poder admonitorio.

9.1. «La guerra sin fin» a la que no puso término Versalles

Emil Sillampäa, escritor finlandés nobelizado en el fatídico año de 1939, había descrito veinte años antes la impresión de muchos europeos a los que les tocó vivir los acontecimientos del 14-18:

> Así pasan los años. Hasta el momento en que estalla en el mundo la gran guerra por cuyos sufrimientos habría de pasar la Humanidad para llevar a cabo la obra del siglo XX. En aquellos días, los hombres que habían heredado el alma del siglo XIX se sentaban en las veladas de finales del estío a leer sus periódicos, y se esforzaban por adivinar qué bando ganaría; era agradable vivir una sensación mundial como aquella. Pensaban que la guerra terminaría para la Pascua próxima; mas como no hubiese acabado para la Navidad siguiente, empezaron a sentir desaliento, presintiendo inconscientemente que la victoria militar no lo decidiría todo.[1]

Y en efecto, la victoria militar no lo decidió. Por eso tienen razón los críticos e historiadores que, con referencia al período que abre el Armisticio de 1918, han hablado de una «guerra sin fin». Los horrores desencadenados por la primera guerra tecnológica de la historia —basada en la utilización de la dinamita, en la movilidad mecanizada y en unas incipientes telecomunicaciones— horrores que fueron vividos por millones de personas tanto en el frente (en la horribles trincheras, en los iniciales carros de combate, junto a las aturdidoras piezas de artillería) como lejos de él (en poblaciones indefensas, en trasatlánticos de línea o en templos de oración), para un ser humano medianamente sensato habrían supuesto la

1 E. Sillanpäa, *La vida ignorada*. Madrid, Aguilar, pág. 376.

renuncia de una vez por todas al uso de la violencia a la hora de defender intereses o de imponer ideas. El balance resultante del conflicto, veinte millones de víctimas, más las terribles secuelas en el ámbito económico, laboral, personal y medioambiental, deberían haber facilitado una decisión que diera lugar a aquel ideal ilustrado de la «paz perpetua» (*Der ewige Frieden*) del que ya hablara Enmanuel Kant.

Los poderosos, los que habían decidido ir a la guerra (léase políticos de cancillería o de soviet, sindicalistas de despacho o militares de estado mayor) seguían circulando lejos de los frentes en lujosos automóviles, disponían de buena mesa y se albergaban en palacetes requisados por razón de estado o de conquista. Desde esos ambientes, que fungían como Ἀνάγκη de tragedia griega, se disponía, mandaba y gobernaba sobre la vida y muerte de miles de semejantes. Una de las escenas más acusadoras del film de Kubrik *Senderos de gloria*, el diálogo entre el protagonista coronel Dax con los generales del alto mando, era una palpable demostración de aquella sinrazón que hacía que la decisión de unos individuos a los que les había tocado, no solo salir indemnes del conflicto, sino disfrutar de sus ventajas, pudieran mandar a la muerte a cientos de miles de hombres desde unos despachos en los que solo se sentía la guerra a través de las cifras de bajas y los planos de movimientos. «Los diez mil de arriba» no experimentaron la conversión pacifista que en gran parte experimentó el pueblo y siguieron pragmatizando un pensamiento guerrero que los permitía seguir disfrutando de privilegios en una sociedad militarista. El lema asignado a un cuartel de carabineros italianos, levantado tras la Guerra, *pro patria contra omnes*, que todavía figura en su frontispicio, es testimonio de la vigencia que tuvo el ideario belicista en *il dopoguerra*. Y una visita al Vittoriale d'annunziano de Gardone no deja de escandalizar al respecto: el soldado poeta que azuzaba a la guerra vivía como un sátrapa desde las orillas de uno de los más bellos lagos del mundo. Casi cabe decir que, paradójicamente, la Guerra, la del 14-18, en vez de engendrar un pensamiento de paz, produjo un estado de guerra, un ambiente generalizado de conflicto en un mundo que ya había salido exangüe del conflicto y que tendría su terrible y trágico desenlace en la del 39-45.

A un analista medianamente escéptico de la posguerra europea se le antoja que los hechos a los que dieron inicio los armisticios de noviembre de 1918[2] contradicen aquel principio de Heráclito que proponía la guerra como padre/madre de todas las cosas: Πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστι πάντων δὲ βασιλεύς. Al contrario, la paz de Versalles y los tratados que siguieron a la Gran Guerra fueron los que originaron toda una serie de conflictos que constituyeron el panorama histórico de esos años. Por eso, las guerras que a continuación mencionamos, pueden ser calificadas de las guerras de la paz, es decir, promovidas, paradójicamente, por la paz. Una reciente publicación italiana habla con razón de *pace mancata*. Y así fue.

Un breve análisis de esa época que más que de «entreguerras» cabría calificar de «duranteguerras», constata fácilmente que Versalles dio origen a un conflicto generalizado, de menor intensidad pero continuado, en los escenarios más diversos. En Versalles se firmó efectivamente un tratado, no una paz, pues dio lugar a muchas pequeñas guerras que, posiblemente, fueron tan dolorosas como la Gran Guerra. También en esas guerras estuvo el escritor para contarlas, también en esas guerras, la literatura sirvió de testigo y documento.

2 Antes del armisticio de Compiègne se habían celebrado los que ponían fin a las hostilidades por parte de Bulgaria, de Turquía y de Austria.

9.2. Guerras tras la guerra y su literatura

En efecto, ni el armisticio ni los ulteriores tratados de paz supusieron el cese el fuego: ni en territorio europeo ni fuera de él. En el primer periodo de entreguerras (hasta 1923), los conflictos hacen del espacio mundial un tablero de ajedrez bélico: Turquía, Arabia, Méjico, el Báltico, la Unión Soviética, el Extremo Oriente… Consecuencia de los desórdenes geoestratégicos a los que dio lugar el fin de la Gran Guerra, perfectamente documentados por la literatura de la época, fueron entre otros los siguientes:

1 LAS REVUELTAS INTERNAS DE LA RECIÉN NACIDA REPÚBLICA ALEMANA. La república soviética bávara de Kurt Eisner o el golpe de estado de Wolfgang Kapp en Berlín, de signo contrario al anterior, así como la actividad de los espartaquistas de Carl Liebknecht y Rosa de Luxemburg en esa misma ciudad continuaron el estado de guerra, si bien ahora en el interior de una sociedad, la alemana, que hasta entonces había estado más o menos unida frente a un entorno geoestratégico evidentemente hostil. La pérdida de esa unidad de la psicología colectiva a través de los amotinamientos de la marinería y tropa daría origen al fabulado *Dolchstoss,* que tan importante papel desempeñaría en el advenimiento del Tercer Reich. La actividad de los llamados *Freikorps* alemanes, los de Ernst von Salomon por ejemplo, hicieron, al licenciarse del frente, un campo de batalla tanto de los territorios bálticos, de imprecisas fronteras, como de las fronteras germano-polacas o las fronteras ideológicas de la propia nación alemana. Este oficial alemán dejó testimonio literario de los conflictos sociales internos en *Die Geächteten* (Los reprobados), obra que ha sido considerada como la mejor novela para la comprensión de la confusión reinante en la República de Weimar: *der beste Roman zum Verständnis der Wirren der Nachkriegsjahre* publicita una editorial electrónica (buecher.de). Por otra parte, el trauma que experimentó el estado austriaco, al ver recortadas sus fronteras y tener que someterse al llamado trasplante de minorías, fueron factores que contribuyeron a crear el ambiente belicista que inspiraba a los «Cascos de aceros» (*Stahlhelme*) y sus derivados, la *Heimwehr,* que pretendía una Gran Alemania (*Grossdeutschland*). La escritora Gertrud von Brockdorf en *Der Mann ohne Vaterland*, título que aludía al sentimiento que imperaba en las minorías alemanas del Báltico (pensemos en qué «bienes patrimoniales» de la nación alemana –un Kant o un Herder, personalidades señeras de la cultura nacional– provenían de esta zona, que hasta entonces se llamaba Prusia Oriental), insistía en el desarraigo provocado por los corrimientos de fronteras y que a su vez creaba un sentimiento subjetivo de injusticia.[3] La resistencia pasiva, ensayada en Alemania al tiempo que Gandhi lo hacía en la India, en la ocupación del Ruhr por los franceses dio resultados prácticos, pero no convenció a los alemanes de las ventajas de la paz. Tras la victoria del nazismo en las urnas, la historia de la República convertida en Reich sin Kaiser fue una preparación de la próxima guerra.

2 LA GUERRA CIVIL EN FINLANDIA, país que ve surgir, con la independencia recientemente adquirida, un sentimiento de afirmación frente a las potencias de su

3 La novela fue llevada a la pantalla por Salomon bajo el título de *Menschen ohne Vaterlan*d.

entorno (URSS, Polonia, Suecia) y del que es testimonio la presencia social que en esa época adquiere su legendaria epopeya *Kalevala*.[4] El conflicto, en el que ya destacaría el posterior héroe nacional frente a los soviéticos, el mariscal G. Mannerheim, es un ejemplo destacado de esta paleta bélica de entreguerras: en él intervinieron, además de los rojos y los blancos finlandeses, contingentes suecos, alemanes, rusos y polacos. Al poco tiempo de sellarse el tratado entre Alemania y Rusia, que entre otros términos reconocía la independencia de Finlandia, los llamados «rojos» asaltaron el poder en enero de 1918. Esto provocó el estallido de la guerra civil en el país, ya que pretendían la importación de la revolución leninista, ayudados por los soldados rusos, entonces ya soviéticos —presentes todavía en el país por no haberse retirado—, a pesar del reconocimiento por parte de la Rusia leninista de la independencia del país. Esto provocó que el gobierno nacional pidiera refuerzos a Alemania, todavía beligerante, que mandó una división. En definitiva, rojos (socialistas prosoviéticos) y blancos (nacionalistas proalemanes) ensayaron en el país de los mil lagos su posterior enfrentamiento en Rusia. En los tres meses que duró la contienda, de enero a mayo del 18, perecieron treinta y cinco mil personas, cifra considerable si se tiene en cuenta la población del país y que cierta historiografía nacional oculta[5]. El mencionado nobel finlandés Emil Sillanpää ha dejado testimonio literario de la vida diaria en un régimen de revolución, conflicto civil y represión mutua entre los bandos en su novela *Vida ignorada* o *Santa Miseria* (1919).

> Escasez y miseria reinan actualmente en Toivola [...] La «fatídica era roja» ha comenzado en esta región. Al amanecer son alineados los hombres en el patio de Rinne; después se alejan en diferentes direcciones para buscar armas [...] La guerra dura ya siete semanas; la gente se ha familiarizado con las cuestiones de transporte, requisas, permisos [...] A cada momento hay novedades; y la excitación originados por el movimiento y por el estrépito que viene del frente de Kuuskoski es un complemento necesario, sin el cual nada de esto sería como es [...] Es la noche en que el frente ha quedado roto en Kuuskoski y en que las tropas victoriosas empiezan a desparramarse. Hacia la una, nuevas detonaciones. Los blancos fusilan a los revolucionarios que encuentran en las cercanías del frente.[6]

Como se ve, la dinámica de esta guerra, por más que se desarrollara en el frío norte, seguía las pautas imperantes en cualquier guerra civil: improvisación estratégica, caudillaje, venganza, represión, vandalismo.

4 De ella es testimonio las ilustraciones pictóricas realizadas por el Gallen-Kallela.
5 Ver al respecto M. Klinge, *Breve Historia de Finlandia*. Otava, Helsinki, 1994.
6 F. E. Sillanpää, *La vida ignorada*. En *Novelas escogidas*. Madrid, Aguilar, 1956, pp. 386 y ss.



Efectos de la guerra civil en Finlandia

3 EN RUSIA, LA PROLONGADA GUERRA CIVIL ENTRE BLANCOS Y ROJOS se solucionaría, a pesar de las ayudas e intervenciones armadas de las potencias extranjeras, gracias a la brutalidad de la represión bolchevique y a la militarización total de la sociedad soviética. Mijail Bulgakov (*La guardia blanca,* 1922), Mijail A. Sholojov (*El don apacible*, 1929) o Boris Pasternak (*Doctor Zhivago*, 1958) documentaron los hechos históricos y los estados de ánimo que estos provocaban en una sociedad que, salida de una terrible guerra que había costado a la nación más de dos millones de vidas, se embarcaba en una sangrienta revolución que para su asentamiento exigiría un número equivalente de víctimas y que tardó decenios en constituir un estado organizado bajo las más terribles circunstancias. Bulgakov, por ejemplo, describía la psicología de los cadetes blancos cuando en plena guerra civil veían pasar un tren donde refulgían las bayonetas alemanas: «el alma de los cadetes quedó llena de envidia, rencor e inquietud»: una tripleta de emociones que resume el estado de ánimo del europeo oriental salido de la guerra y que tendría su confirmación en las purgas stalinistas. El historiador británico Robert Conquest, ex comunista y agente de inteligencia, ha sostenido en el *Gran Terror* (1968) que las víctimas de estas purgas habrían ascendido a veinte millones. Recientemente en *La casa del gobierno* (2017), el ruso-americano Yuri Slezkine ha hurgado en esa inquietud estructural del alma soviética, convertida ya en terror, que sufrieron los propios ejecutores del terror stalinista.



Portada de *La casa del gobierno*

4 EL CONFLICTO RUSO-POLACO, larvado durante siglos, estallaría con el advenimiento de la paz en forma de guerra polaco-soviética, guerra que, sin que sirviera de precedente y que enfrentaría a dos grandes estrategas, Pilsudski y Tujachevski, caería a favor de los polacos. Supuso, además de la última gran guerra a caballo, dos años de conflicto (1919-1921), en el que también estuvieron implicados dos países bálticos (Estonia y Lituania), que, a su vez, mantenían sus discordias armadas. Resultado final de este conflicto originado por la reivindicación de territorios fronterizos: unos cien mil muertos. Isaak Babel, que caería vilmente torturado y asesinado, víctima de las purgas stalinistas, documentaría, desde la perspectiva soviética, los horrores y masacres gratuitos de esta guerra en su *Diario* y en *Caballería roja* (1926).

5 YA EN LOS AÑOS TREINTA, ITALIA, que se consideraba perjudicaba en los tratados de paz, emprendió una guerra de conquista en África, contra la Abisinia de Haile Selassie, que representó una innecesaria masacre etíope, pues, frente a los escasos soldados italianos caídos (unos pocos miles), fueron centenares de miles los que cayeron por parte de los africanos. Este conflicto bélico aportaría la piedra angular del efímero «impero» fascista y de la correspondiente ideología imperialista alentada por D'Annunzio.



Abisinios víctimas de la guerra

Un estudio reciente, dedicado a D'Annunzio y la guerra de Etiopía, recoge el efecto de cohesión que tuvo esta contienda en el público italiano a favor del fascismo: «La segunda campaña de Abisinia representó por consiguiente el atraque definitivo de la conexión sentimental, obsesivamente ansiada, del estado y la patria fascista».[7] El poeta soldado» celebraba el éxito fácil de las divisiones italianas contra los «bárbaros» etíopes dirigiéndose casi idolátricamente al Duce, al que, por cierto, antaño había hecho esperar en el Vittoriale de Gardone[8]: *Gracias a ti, hoy la nación exhala un suspiro de lo más profundo. Y todo está vivo, todo respira y tiene un anhelo fatal,* escribía en Teneo te Africa.[9] Y Filippo Tomasso Marinetti,

7 *La seconda campagna d'Abissinia rappresentò dunque l'approdo culminante della connessione sentimentale ossessivamente sollecitata dallo Stato - patria fascista.* (Pietro di Pietro, "*Teneo te Africa*: La seconda gesta d'oltremare. D'Annunzio e la retorica dell'impero". En *Humanities* – Año III, Número 5, 2014.

8 Cuando no disponemos de traducción, damos la nuestra en el cuerpo del texto y ponemos el texto original en nota de pie de página.

9 *Per te oggi la nazione trae un respiro dal profondo. E tutto è vivo, tutto respira. Tutto ha un anelito fatale.*

se apuntaba al triunfo fácil y daba a la luz su *Poema africano della divisione 28 ottobre* (1937) dedicado «a los futuristas voluntarios de la guerra veloz».



En la introducción invitaba a cantarlo a todos los «fortunati prescelti» de la división en aquella «pace guerrata». Por si no fuera suficiente esa dosis supina de pedantería, Marinetti explicitaba el impulso poético que le movía: «Con precisión lo pensé y lo escribí en parte bajo el fuego de muchas e imprecisas ametralladoras abisinias mientras Menin diseñaba en el mapa ruidos olores colores».[10]

6 EL ESTALLIDO DE LAS HOSTILIDADES ENTRE INGLATERRA E IRLANDA, que había tenido lugar en el Alzamiento de Pascua del 16, continuó varios años en sistema de escaramuzas y guerrillas hasta 1921. La subsiguiente guerra civil prolongó por unos años la inseguridad en la isla. G. K. Chesterton hacía mención de la cuestión irlandesa y, siendo inglés, tuvo la suficiente imparcialidad como para reconocer en su relato de viaje *Irish Impressions* (1919) el «error británico» (*British blunder in Ireland*) y la causa del pueblo irlandés, del que había escrito: «Los grandes celtas de Irlanda son hombres a los que Dios hizo locos, porque todas sus guerras son felices y todas sus canciones son tristes» (*The Ballad of the White Horse*). Esa admiración no era óbice para que reprochara a los irlandeses su filogermanismo y su concepto nacionalista:

> Puede parecer fantasioso decir de los nacionalistas irlandeses que a veces son demasiado irlandeses para ser nacionales. Sin embargo, este es realmente el caso en aquellos que cambiarían la santidad de la nacionalidad por un secreto. Es decir, están convirtiendo algo que cualquiera podría respetar en algo que nadie puede entender.[11]

Sin embargo, el autor londinense no hizo mayor alusión directa a los combates que en esa época, ya que se mantenían entre Gran Bretaña y la Irlanda sojuzgada.

10 *Con precissione lo pensai e scrissi in parte sotto il fuoco di molte mitragliatrici abissine imprecise mentre Menin disegnava sulla carta fragori odori colori.*

11 *It may seem fanciful to say of the Irish nationalists that they are sometimes too Irish to be national. Yet this is really the case in those who would turn nationality from a sanctity to a secret. That is, they are turning it from something which every one else ought to respect, to something which no one else can understand.*

7 POR SU PARTE, LA DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO OTOMANO, que había participado en la guerra de parte del Eje, también produjo, tras los correspondientes enfrentamientos, una serie de estados fantasmas que, en el mejor de los casos, se correspondían con grupos étnicos de difícil identidad política. El fanatismo filoárabe de Lawrence de Arabia hizo de la región meridional del imperio turco un hervidero de tensiones y problemas que todavía hoy colean. En sus *Siete pilares de la sabiduría,* este aventurero —no fue más que eso— británico narraba su participación en una revolución nunca perfectamente solucionada. Su participación en el embrollo árabe era mezcla de empeño testarudo, deseo de aventura, codicia y una cierta dosis de racismo.[12]

> Y los estábamos arrojando a miles al fuego, a la peor de las muertes, no para ganar la guerra sino para que el grano y el arroz y el petróleo de Mesopotamia pudieran ser nuestros. Lo único que se necesitaba era la derrota de nuestros enemigos (Turquía entre ellos) y esto finalmente se había conseguido […] Estoy muy orgulloso de mis treinta campañas, al no haber derramado ni una gota de nuestra sangre. Todas las provincias sometidas del imperio no eran dignas de la muerte de un muchacho inglés.

Un biógrafo de Lawrence (Mack, J., 1977) describe el espíritu aventurero que informaba sus actuaciones:

> Con tal que tuviera una propuesta y una ametralladora, correría hacia la línea y lo mismo lo haría contra un puente… Solo había un pequeño puesto en el puente y, con suerte, tenía que ser capaz de hacer el trabajo antes de que los turcos se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo.[13]

En este contexto, también cabría mencionar el conflicto greco-turco, exacerbado después de Versalles, aunque derivaba ya de los años de la independencia griega.

8 EN EL EXTREMO ORIENTE, EL IMPERIALISMO NIPÓN, que había participado del lado de los aliados, tras la paz hizo estragos en la estructura geoestratégica de la región. El intento coreano de proclamar su independencia del Japón provocó la represión brutal por parte del Imperio del sol naciente. La invasión de Manchuria, supondría una fuerte ofensiva y una larga y tibia resistencia, episodio del que fue protagonista Pu Yi, el último emperador chino, quien bajo este título escribiría el relato de su vida y de una época nacional que después serviría a Bertolucci como base para su película *El último emperador* (1987). Este desgraciado personaje de la historia moderna recogería en su novela las incidencias de esta guerra chino-japonesa. Y el André Malraux, fanático partidario del comunismo de primera hora, en *La condición humana* (1933) presentaba bajo un prisma hagiográfico los episodios de la guerra civil china que, como se sabe, desembocó en la conquista

12 *And we were castings them by thousands into the fire, to the worst of the deaths, not to win the war, but that the corn and rice and oil of Mesopotamia might be ours. The only need was to defeat our enemies (Turkey among them) and this was at last done […] I am proudest of my thirty fights in that I did not have any of our blood shed. All the subject provinces of the empire to me were not worth one dead English boy.* (Citado según Mack, *Prince of Our Disorder: The Life of T. E. Lawrence*, 1976)

13 *Let him have a tender and a machine gun and he would run down the line and do in a bridge… there was only a small post on the bridge and with luck he ought to be able to do the job before the Turks realized what was happening.*

del poder por Mao y cuyo capítulo final se escribiría en 1989, en los episodios de la plaza de Tienanmen, que dieron lugar a un híbrido de los dos dragones sociales del siglo XX: capitalismo y comunismo.

9 ESCENARIOS DE GRAN CRUELDAD PRODUJO TAMBIÉN LA GUERRA DE LOS CRISTEROS EN MÉJICO, que si bien no tenía ningún fundamento en los efectos del Tratado, si radicaba en la ola de pensamiento revolucionario que se instaura tras la revolución soviética. La temeridad de un presidente de origen militar, Plutarco Elías Calle —uno de los muchos espadones, y fueron varios, que estuvieron al frente del país— pretendió limitar la libertad religiosa de la Iglesia Católica, lo que provocó la sublevación de los llamados cristeros.

En los tres años largos que duraron las hostilidades civiles (1926-1928) como consecuencia de la persecución liberal a los católicos, perdieron la vida más de 70.000 personas que, añadidas a las víctimas que habían causado las revueltas proletarias de Zapata y Villa tras el fin del porfiriato hasta el asentamiento del PRI como forma de estado, constituyeron una auténtica masacre de la que dejaron constancia literaria un Grahan Green en *El poder y la gloria* (1940) o un Juan Rulfo en *El llano en llamas* (1950) y en *Pedro Páramo* (1955). Un pasaje de esta última obra nos da la pista del revolucionario talante nacional hecho ya idiosincrasia:



Cristeros colgados

—Allá se ha hecho la paz. Andamos sueltos.
—Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.
—Se ha levantado en armas el padre Rentería. ¿Nos vamos con él o contra él?
—Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.
—¡Pero si somos irregulares! Nos consideran rebeldes.
—Entonces vete a descansar.
—¿Con el vuelo que llevo?
—Haz lo que quieras, entonces.
—Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta como gritan. Además lleva uno ganada la salvación.
—Haz lo que quieras.[14]

14 Citado según Rulfo, J., *Toda la obra*, Madrid, ALLCA XX, pag. 296.

Huelga decir que el pasaje contrasta con el heroísmo y el pathos justiciero, un tanto impostado, del muralismo socialista mejicano de un Siqueiros o un Orozco.



La revolución mejicana en el muralismo

Todos estos conflictos que asolaban tanto el Viejo como el Nuevo Mundo hicieron del sufrido ciudadano —o todavía súbdito— de los países afectados lo más parecido a un mercenario en constante estado de intervención bélica contra su voluntad. La aparición de los totalitarismos en Rusia y Alemania incrementó el potencial autodestructivo de la humanidad. Físicos como Fermi, Oppenheimer o von Braun buscaban nuevas aplicaciones de lo natural para la autodestrucción y la destrucción de la naturaleza. Y lo que es peor: los testimonios de la brutalidad bélica y del desorden social que esta provocaba, pudiendo haber servido de ejemplo y de amonestación, no fueron óbice para que en otras latitudes y por diversas causas surgieran conflictos sociales o geoestratégicos que se seguían solucionando por las bravas. Solo de 1919 a 1923 se contabilizaron 27 conflictos armados y poco hicieron al respecto la intervención del presidente americano Wilson y la creación de la Sociedad de Naciones.

En este contexto de belicismo ambiental en el que ciudadanos inocentes se ven arrojados al campo de batalla, para matar o ser matados, y para destruir el medio natural y el entorno urbano, sometidos a una contaminación y aniquilación sin igual, se inscriben dos conflictos que pueden servir de manera emblemática para expresar la sinrazón de la razón bélica y la espiral de brutalización que seguía generando la vida pública de las naciones civilizadas: el conflicto armenio y la guerra del Chaco. El primero anclaba su origen en los preparativos bélicos de la paz armada, a finales del XIX, y se prolongaría hasta bien entrada el periodo de entreguerras, si bien su núcleo histórico tuvo lugar en la segunda mitad de la Gran Guerra, a partir de 1915. El nacionalismo de los jóvenes turcos a los que en el Tratado de Sévres se les pretendió desposeer del país que hacía siglos habían conquistado, fue el detonante. El conflicto turco-armenio, que dio lugar al genocidio, y que se arrastraba desde hacía siglos, sigue todavía vigente. Como es sabido, su reconocimiento es factor decisivo para la inclusión de Turquía en la renqueante Unión Europea. El segundo, la guerra del Chaco, fue motivado por el litigio de unos recursos naturales cuya posesión y explotación se habrían podido dirimir en la mesa de negociación. Su saldo: noventa mil víctimas mortales.

9.3. El genocidio armenio y su literatura

El pueblo armenio había sobrevivido desde la más remota antigüedad en la parte central y nororiental de la península de Anatolia y se había mezclado en su geo-distribución con los numerosos pueblos (turcos, árabes, persas, curdos, etc.) que habían caído sobre la península. Esta coexistencia y supervivencia de los armenios en el Imperio turco tuvo su punto final cuando el Imperio Otomano, que veía cómo sus antaño territorios en Europa y África se iban separando de la obediencia a la Sublime Puerta, decidió poner fin a esa disgregación. Para evitar una ulterior decadencia, Estambul quiso dar cohesión étnica al cuadro político que regía y en el que los armenios, unos tres millones, representaban un elemento extraño de difícil asimilación, a pesar de que habían merecido el nombre de súbditos leales por parte de los sultanes. Ya a finales de siglo, bajo el sultán Abdul Hamid II, se emprendió un *pogrom* que costó la vida a cientos de miles de armenios y que provocó un movimiento de simpatía en las potencias europeas, en el que destacó el nobel Anatole France.



La zona rayada señala los espacios de asentamientos armenios

Ya en plena guerra, en 1915, y supuesta la simpatía de los armenios por Francia y por Rusia, que militaban en el bando contrario, el gobierno turco, todavía bajo el sultán Mehmet V pero ya bajo la égida del movimiento nacionalista de los «jóvenes turcos», emprende una *razzia* en Estambul que asesina a varios centenares de intelectuales armenios. Esa sería la señal de salida de una deportación y aniquilación masivas realizadas arbitrariamente bajo la inspiración de un sedicente Comité para la Unidad y el Desarrollo y abandonada a los criterios, no menos arbitrarios, de las autoridades locales. Esa aniquilación pasó a figurar en la historiografía como el primer genocidio de la era moderna, que venía a sumarse a una anterior «masacre de armenios» (unos 6.000) ocurrida entre 1894 y 1896 y que tuvo su origen tras el asalto terrorista armenio a un banco en Estambul.

La brutalidad arbitraria de la llamada deportación dio lugar a una resistencia por parte de algunos grupos armenios, en concreto en la parte más meridional de la Diáspora armenia del imperio, en el monte de Moisés, en un territorio próximo a lo que hoy sería Siria, en la llamada Pequeña Armenia de Cilicia. Allí se refugiaron unos miles de fugitivos armenios (unos 5.000), mayormente mujeres, hasta

que lograran ser rescatados, tras valerosa resistencia, por la escuadra francesa, que los trasladó a Port Said.



Transporte de armenios

Dada la indignación, un tanto inoperante, de los testigos alemanes destacados en el aliado oriental, que enviaban sus correspondientes informes a la cancillería, ¿pudo el posterior holocausto judío haberse inspirado en el genocidio armenio?



Mujeres armenias crucificadas

Fueron varios los escritores que hicieron del genocidio armenio una acusación contra la brutalidad de la guerra y de los nacionalismos: ya en 1916 aparecería un informe de un pastor evangélico alemán, Johannes Lepsius, con el título de *Bericht über die Lage des armenischen Volkes in der Türkei* que alertaba en Alemania, aliada de Turquía, sobre los criminales excesos del gobierno otomano. A partir de ahí, las advertencias, referencias y ecos al genocidio se hicieron frecuentes en los informes de las cancillerías. El aventurero venezolano Rafael de Nogales, que había estado al frente de unidades turcas durante la Guerra mundial, publicaría en sus memorias, *Cuatro años bajo la Media Luna* (1924), documentación al

respecto. Frecuentes referencias al genocidio se hallan en la obra de William Saroyan, escritor norteamericano de origen armenio, en *Mi nombre es Aram* o *The Armenian and the Armenian*, por ejemplo. Su poema *Armenia* es un canto a la capacidad de resistencia de este pueblo. Más recientemente, en 2012, Michael Bobelian publicó un detenido estudio documental acerca del asunto: *Children of Armenia*.

En todo caso, el asunto tuvo su máximo documento literario en la obra del escritor austriaco Franz Werfel *Vierzig Tage des Musa Dagh* (1934). El libro fue pasado a la pantalla en 1980 con ese mismo título, bajo la dirección de Sarky Mouradian con guion de Alex Hakobian, como se ve con mucho retraso debido a presiones políticas. También la película *Ararat* (2002), del director armenio Atom Egoyan, remite a los hechos narrados por Werfel en 1933. Algunas otras cintas han tomado como tema este negro episodio de la guerra mundial: tal la que recientemente pasó por las pantallas españolas con el título de *La promesa* de Terry George que no recibió buenas críticas, como tampoco las recibió el film del director turco-alemán Fatih Akin *The Cut* (2014), *El padre*, que representaba como originalidad el reconocimiento del genocidio armenio por parte de un turco.

9.3.1. *Los 40 días del Musa Dagh*: los hechos

Los hechos del genocidio armenio implican un periodo de treinta años que comienza a finales del siglo XIX cuando tiene lugar el primer gran episodio de aniquilación de los armenios en el Imperio Otomano y acabará históricamente cuando la naciente República Democrática Armenia sea devorada por los ejércitos bolcheviques en el año 1922. En la obra que a continuación comentamos, del escritor austriaco F. Werfel, comprometido durante años en su redacción mientras hacía oídos sordos al peligro nazi que le acechaba, los acontecimientos que dan argumento a su relato se sitúan en el punto nuclear del conflicto turco-armenio, en 1915.

En efecto, en 1915 coincidió que el entonces vanguardista escritor austriaco Franz Werfel, destacado como soldado en el servicio de telegrafía del frente oriental austro-húngaro, captara alguna noticia acerca del genocidio. Cuando, acabada la Guerra y ya casado con la que había sido la mujer de Gustav Mahler, haga un viaje por el Próximo Oriente, recuperará informaciones y documentos sobre las frías ejecuciones con las que el gobierno turco había solucionado la «cuestión armenia». Con ellos dará forma literaria al genocidio armenio en una larga novela que publica en 1934.

9.3.2. *Los 40 días del Musa Dagh:* la novela

La voluminosa novela de 900 páginas, precursora de las modernas novelas-río, está dividida en tres partes o libros. El argumento se desarrolla mayormente en torno a la Montaña de Moisés, en un rincón de la Turquía meridional, y resulta enormemente intrincado por sus múltiples referencias a los contextos del genocidio (las autoridades turcas, las poblaciones armenias, las misiones cristianas, el mundo familiar del protagonista, la vida en el campamento armenio…, todo ello

entremezclado con un triángulo amoroso que no se sabe si sirve de hilo conductor de los acontecimientos o, a la inversa, estos son solo su soporte.

Genérica y estilísticamente, la obra queda magistralmente situada entre la historia novelada y la novela histórica —que no son lo mismo—, y de ahí la extensión de la novela y lo intrincado del argumento: En el libro primero, Gabriel Bagradian, un intelectual armenio, cristiano y cosmopolita, que se considera leal súbdito del Imperio turco, vuelve a su país de origen, la Cilicia próxima a Antioquía, en el llamado golfo armenio, en el momento en el que se desata la persecución de esta etnia por parte de la Sublime Puerta. Tras muchas vicisitudes se une al grupo de resistentes que se congregan en Musa Dagh para luchar por su supervivencia o, al menos, por una muerte digna. El libro segundo se centra en la defensa y vida del campamento armenio congregado en torno al Damlajik, y allí se mezclan los problemas sentimentales de los protagonistas que han ido apareciendo a lo largo del relato. La tercera parte está dedicada a la reacción turca, al inicial desastre de los destacamentos otomanos, a la huida de los resistentes y al rescate de unas 4.000 personas de las 5.000 que inicialmente se habían unido en torno a Bagradian.

Werfel, desde la posición de un autor omnisciente, se manifiesta como un maestro de la fabulación histórica, es decir, no es infiel ni a la fabulación ni a la historia. Si es necesario dedicará una página a la descripción, propia más bien de un tratado de etnografía, de una receta culinaria armenia con tal de dar al texto carácter histórico. Con pericia de historiador, dirige un relato al que confiere una gran maestría narrativa. La descripción de la tormenta que sobreviene a los acampados en la montaña, a pesar de recordar su anterior credo expresionista gracias a la intensificación del discurso, hace gala de aquella morosidad y minuciosidad propias del relato novelístico del siglo XIX:

> El repentino ataque del cielo resultó por lo tanto perfecto. Cuatro, cinco golpes del huracán fueron como un breve manifiesto de guerra. ¡Todo el Damlajik, cada roca, cada árbol, cada arbusto de mirto y rododendro es un solo susto que se escucha! Entonces el bombardeo de un horrible rayo. Y ya la tormenta de la tormenta del sur, a la velocidad del rayo, montó el estertor del ataque, envolviendo todo en un espeso polvo sofocante. Las colchonetas, las mantas, las camas, las almohadas, las sábanas, los paños, las ollas, las jarras, las lámparas, lo ligero, lo pesado, todo crujía y gemía, se volcaban, giraban en círculos o desaparecían. También la gente gritaba y comenzó a cazar las cosas que maliciosamente escapaban, chocándose unas con otras, pisoteando la propiedad de su vecino. Pero el ruido de la tempestad era ensordecido por el lamento ansioso de los niños pequeños, como si entendieran el significado secreto de este castigo celestial ya el primer día.[15]

15 *Der plötzliche Überfall des Himmels gelang daher vollkommen. Vier, fünf einherratternde Sturmstöße wie ein kurzes Kriegsmanifest. Der ganze Damlajik, jeder Felsblock, jeder Baum, jeder Myrten- und Rhododendronstrauch ein einziger aufhorchender Schreck! Dann das Einsatzzeichen eines entsetzlichen Donnerschlags. Und schon ritt das blitzschnelle blitzreiche Südgewitter die rasselnde Attacke, alles in seinen dicht-erstickenden Staub hüllend. Die Matten, die Decken, die Betten, die Kissen, die Laken, die Tücher, die Töpfe, die Krüge, die Lampen, das Leichte, das Schwere, alles klirrte und wimmerte auf, wurde gestürzt, im Kreise gedreht oder davongetragen. Auch die Menschen schrien auf, begannen die boshaft entwischenden Sachen zu jagen, stießen einander an, zertraten das Gut des Nächsten. Den Schlachtlärm aber überbrüllte das jammernde Aufbegehren der kleinen Kinder, als verstünden sie die geheime Bedeutung dieser himmlischen Züchtigung am ersten Tage. Kurz darauf warf die wilde Jagd nach der fliegenden Habe ein Hagel nieder, wie ihn das Bergvolk noch niemals erlebt zu haben wähnte.*

En aras de ese verismo de nuevo cuño, Werfel no omitía las arengas del caudillo a sus seguidores que habían caracterizado a los historiadores clásicos. Bagradian recordaba a los resistentes que la suya era una guerra de defensa y de venganza:

> ¡Ninguna bala en vano! Si incluso la pelea dura tres días, a todos nos deben bastar los tres cargadores. Ahorrad o de lo contrario estamos perdidos. ¡Y lo más importante! El fuego se abre solo cuando yo dé la orden. ¡Tenéis que mirarme todos! Necesitamos alcanzar a los turcos, que no sabrán nada de nosotros hasta que no estén a diez pasos. Y luego apuntad con calma a las cabezas, y disparad con calma! En la próxima hora vamos a vengar el crimen contra nuestra gente aquí en el Damlajik; en la próxima hora queremos demostrar a los turcos que en nuestra debilidad somos cien veces superiores a ellos. ¡Y ahora cada uno de ustedes piensa en la cosa horrible que nos han hecho, y nada más![16]

Por lo demás, Werfel cuidaba de que lo fictivo de la novela no hiciera caer en descrédito lo testimonial del relato histórico. En ese sentido evitaba abundar en la descripción de las truculencias propias de una guerra sin cuartel[17], cual era el asedio de la montaña por parte de los turcos. Cuando tras el primer enfrentamiento, que los turcos habían pensado sería una continuación de la aniquilación desorganizada que hasta entonces había sido la solución de la cuestión armenia, los atacantes deban retirarse en desbandada, solo recoge el hecho histórico de que los armenios permitieron a los turcos que retirasen a sus muertos y heridos a condición de desposeerles de todo armamento que debían dejar en el terreno.

Si, como dice el crítico alemán Reich-Ranicki, la novela de Werfel fue el libro más leído en el *ghetto* de Varsovia, cabe decir que Werfel, en el momento en el que escribe la obra un tanto desentendido del problema que, en cuanto semita, se le venía encima en Alemania, dio con la elaboración literaria de unos hechos documentados un testimonio de la brutalidad del nacionalismo y un lema de resistencia y desacato, desacato frente a la arbitrariedad que paradójicamente debe ejercerse con las armas, frente a la arbitrariedad.

9.4. La guerra del Chaco: recuerdo de la pasada contienda y ensayo de la siguiente

Cuando en 1923 se concluyó el tratado de Lausana, que anulaba el de Sévres y ponían fin a las guerras que asolaron el Imperio Turco consolidando la islamización demográfica de Anatolia, hasta entonces medio cristiana, la humanidad civilizada, necia e incapaz de aprender ni en cabeza propia ni en ajena, seguía desarrollando otros conflictos en aras de intereses económicos, de ansias territoriales o de

16 *Keine Kugel umsonst! Sollte der Kampf auch drei Tage dauern, jeder muß mit seinen drei Magazinen auskommen. Spart, sonst sind wir verloren. Und das Allerwichtigste! Das Feuer wird nur auf meinen Befehl eröffnet! Ihr habt mich alle anzuschauen! Wir müssen die Türken, die von uns nichts wissen werden, bis auf zehn Schritt herankommen lassen. Und dann ruhig auf die Köpfe zielen, und ruhig schießen! In der nächsten Stunde wollen wir hier auf dem Damlajik das Verbrechen an unserem Volke rächen, in der nächsten Stunde wollen wir den Türken beweisen, daß wir in unserer Schwäche ihnen noch hundertmal überlegen sind. Und jetzt denke jeder von euch an das Gräßliche, das sie uns angetan haben, und sonst an nichts!*

17 Sí lo hace, sin embargo, cuando trata de evidenciar las atrocidades de la masacre armenia.

principios ideológicos. Uno de ellos va a estallar, nueve años después, en el subcontinente hispano-americano, alguno de cuyos países, a pesar de haber intervenido, mayormente de manera simbólica, en la Gran Guerra, habían aprovechado la contienda europea, a pesar de las revoluciones internas, para impulsar un desarrollo económico y social decisivo. Verdad es que de la situación se habían aprovechado mayormente las que podíamos llamar potencias sudamericanas (Brasil, Argentina, Venezuela) que, gracias a sus recursos naturales (cereales, café, azúcar, petróleo, caucho) lideraban ese desarrollo. Fue esta competencia económica la que hizo saltar el conflicto entre Bolivia y Paraguay. Las previsiones de explotación petrolífera en el Chaco motivaron los intereses contrapuestos de la Standard Oil y de la Shell. De ahí un enfrentamiento sin causa en el que se pusieron a prueba los intereses de las oligarquías y se ensayaron tácticas y armamento para la guerra que se avecinaba. Los horrores de esta guerra, provocados en parte por el voluntarismo e improvisación del alto mando boliviano, en una sucesión de guerra de trincheras y guerra de movimientos, llamaron la atención de la prensa y de los medios.

Un periodista costarricense de origen español y formación militar, J. Cañas Marín, daría testimonio de su barbarie en *El infierno verde,* supuesto diario de un soldado paraguayo que el autor va publicando por entregas en el periódico que dirige en San José, *La Hora*. Del conflicto se hicieron varias películas, una de ellas protagonizada por Paco Rabal (*Sed*) sobre el libro de Roa Bastos, él mismo participante en la guerra, *Hijo de hombre* (1960).

9.4.1. *El infierno verde*: los hechos

El referente de la obra de Marín Cañas es la Guerra del Chaco, un conflicto bélico que derivaría de la imprecisión de fronteras que dejó la Independencia americana y la rivalidad interna del criollaje que se hizo con la dirección de la misma. A pesar de que hoy en día se considere a Túpac Amaru, es decir, un mestizo, el profeta de la misma, pronto los representantes del criollismo que quizás con razón, pero sin base estructural pretendían hacer de sus países una imitación de la Francia o la Inglaterra que les habían ayudado a independizarse, se hizo con los destinos de los países resultantes, países que pusieron al servicio de los intereses de una oligarquía dirigente que estaba muy lejos de representar los generales del país al que pretendían haber dado a luz. Que a los treinta años de independencia del país boliviano hubieran pasado por la jefatura del estado quince presidentes habla de la inestabilidad endémica del mismo. La decadencia de la explotación de la plata, más tarde del estaño y la pérdida de territorios que antaño habían pertenecido a la audiencia de Charcas, así como la falta de salida al mar, dieron como resultado una historia agitada por las revoluciones, los pronunciamientos militares y un sentido de patriotismo exaltado en el que el indígena tenía poco que ver.

Al sur del país existía una extensa zona desierta, el Chaco («tierra de caza» en quechua) que había sido convencionalmente asignada y dividida entre Bolivia y Paraguay, pero que nunca había sido ocupada realmente, ya que era un terreno inhóspito, mezcla de estero y selva, que solo mantenía algunos pueblos originarios, cuya existencia se veía lastrada por un problema endémico: la falta de agua.

Por parte paraguaya se había intentado una colonización mediante el establecimiento de colonias menonitas dedicadas a la ganadería y al cultivo del mate. Las prospecciones petrolíferas de la Standard Oil despertaron los intereses económicos de ambos países que exigieron contradictoriamente los terrenos que en teoría les pertenecían: Bolivia, la región del Pilcomayo hasta la Asunción, y Paraguay la zona que se extendía hasta el río Parapatí. Ambos países habían ido estableciendo los llamados fortines y guarniciones militares que pretendían dar testimonio de la respectiva soberanía. En este contexto, la ocupación de la laguna Chuquisaca, factor de estrategia vital en el desierto, por parte de Bolivia fue el *casus belli*. Siguieron ataques y ocupaciones de los fortines, movilizaciones y finalmente una guerra abierta en la que fueron empleadas las viejas armas europeas del 14-18 y se ensayaron las nuevas que se utilizarían en la siguiente. Los contendientes estaban en una llamativa desproporción, tanto demográfica como militarmente: dos millones de habitantes en Bolivia frente al millón en Paraguay; 100.000 movilizados en el país andino frente a la mitad en el país guaraní.

Los bolivianos mandaron al frente un ejército promiscuo desde el punto de vista étnico y lingüístico, frente a las divisiones más integradas de los paraguayos, que, en inferioridad de armamento, disfrutaban de una mejor disposición estratégica: la que derivaba de la menor distancia que las tropas debían recorrer, 300 kilómetros, hasta la línea del frente, frente a los 2.000 de los bolivianos. Los paraguayos, gente del llano, estaban más adaptados que los andinos al entorno bélico del estero, al descender de las alturas del altiplano. El momento más épico fue el asedio del fortín Boquerón, conquistado inicialmente por los 600 bolivianos, que pronto quedaron encerrados, debiendo aguantar los embates de cinco mil paraguayos. Tras veinte días de asedio lograron entrar en lo que quedaba del fuerte.

9.4.2. *El infierno verde*: la novela

El infierno verde (1935) de Marín Cañas, escrito a impulsos de la indignación que le producía la guerra, es uno de los testimonios más antibelicistas de la época. Y resulta curioso que esa indignación provenga de un escritor que nunca intervino en operación militar alguna y que, además, era originario de un país que no tiene ejército, aunque él mismo había tenido una formación militar en Europa. Los horrores del infierno del Chaco, provocados en parte por el voluntarismo e improvisación del alto mando boliviano, en una sucesión de guerra de trincheras y guerra de movimientos, llamaron la atención de la prensa y fueron tan impactantes en la opinión mundial –entre otras cosas gracias a las películas que hemos mencionado–, que movió al autor a informarse sobre el ambiente del Chaco y poner en evidencia la violencia que en él y sobre él se ejercía. El libro, publicado en Espasa después de haber aparecido por entregas (56 en el periódico *La Hora*) en Costa Rica, narra desde la movilización entusiasta en las calles de la Asunción hasta el progreso por los pajonales y entre bejucos y moscos, hasta llegar a los escenarios más importantes de la guerra: Boquerón, Nanawa, etc. Está escrito con pretensión documental y, aunque no acuse una gran preocupación estilística, el resultado la tiene, y alta, pues constituye tanto una reflexión humanista sobre la violencia como expresión espontánea, cargada de emotividad, del efecto de la guerra

en el autor. Este alterna una puntuación normativa y una más libre y expresiva en momentos de mayor intensidad:

> La conmoción ha sido del Chaco. El dolor es mío. La sangre que me cae encima es del compañero, a quien la metralla lo volteó en un salto mortal sobre mi cuerpo. El lodo del fondo nos arropa, me he ido hundiendo, porque sobre las carnes fofas del barro los dos cuerpos pesan mucho [...] como hienas inyectan la matanza y el exterminio se ríen con grandes carcajadas de los pobres indios convertíos en esqueleto y beben en unas grandes copas las caras se me acercan y se ríen como negros primitivos y se alejan todo parece girar en medio de una gran locura todos los hombres rubios [...].[18]

Por otra parte, el protagonismo del medio natural se hace palpable con frecuencia para demostrar su poderío y para vengarse del ser humano que lo maltrata y viola. En definitiva, se trata de uno de los manifiestos antibelicistas más extremos de la historia de la literatura.

9.5. Conclusión

Como tesis del precedente y breve análisis fácilmente puede extraerse la siguiente formulación: la literatura en torno a la Gran Guerra —entendida la expresión no tanto en sentido temático cuanto cronológico, es decir, también la de entreguerras— fue testimonio y análisis de la época más conmocionada de la historia y en cuanto tal —transida de un gran *pathos* ético—, produjo obras de gran calado crítico-moral que, sin embargo, no tuvo el público que se merecía: fue poco leída —en todo caso, antaño más que en la actualidad—, y pronto olvidada. Actualmente, *Los pilares de la tierra* de Ken Follet, las bobaliconas diabluras de *Harry Potter* o la saga de pérfidos nórdicos *Millenium* de Stieg Larsson y sucesor van borrando la huella cultural de esa gran literatura que suponía una reflexión en favor de la paz y en contra de la violencia. Eso ha sucedido sobre todo con la obra de Marín Cañas, que sin embargo fue un aldabonazo para que ambas partes contendientes, la boliviana y paraguaya, firmaran un armisticio, que solo se ha resuelto de manera definitiva recientemente, en 2009, cuando ambas partes reconocieron los límites internacionales. Hoy en día, cuando cursa como afirmación inapelable lo que en buena lógica se denominaría una «petición de principio», a saber, que el pueblo no se equivoca o que el público (o el cliente) siempre tiene razón, quizás resulte exagerada nuestra propuesta, pero compárese el peso moral de la literatura en torno a 1918 con la de la segunda mitad del XX: ¿Acaso Ken Follet o la Rawling aguantarían el parangón con un Kafka o un Zweig? ¿O los *Cien años de soledad* con *Los últimos días de la humanidad*? ¿O la versión fílmica de Milestone de *Sin novedad en el frente* con *Salvar al soldado Ryan* de Spielberg? La literatura de la segunda posguerra, a pesar de los problemas que tematizó —el racismo o la amenaza atómica, por ejemplo— aparece un poco más tendente a la banalización, más propensa a hacer de la evasión, del espectáculo profesión

18 Citado según Marín Cañas, J., *El infierno Verd*e. San José, EUNED, 2005, pág. 145.

de vida. Hoy, público y literatura parecen estar al mismo nivel: el de la evasión. Desde una posición antibelicista, la guerra fue argumento y tema-eje de la literatura de la primera mitad del siglo XX. Y lo que es más, la literatura contra la guerra —Celine, Apollinaire, Schnitzler, Werfel, Jünger, Hemingway…— dio grandes clásicos del siglo XX. Por desgracia, no ha servido de mucho. Su prédica fue una especie de clamor en el desierto.

9.6. Bibliografía

BROCKDORF, G. von, *Der Mann ohne Vaterland.* Berlín, 1937.
CHESTERTON, G. K., *Irish Impressions.* Londres, Collins, 1919.
MACK, J., *Prince of Our Disorder: The Life of T. E. Lawrence.* Harvard University Press, 1976.
MARÍN CAÑAS, J., *El infierno verde.* Madrid, Espasa Calpe, 1935.
MARINETTI, T., *Poema africano della divisione 28 ottobre.* Mondadori, Milano, 1937.
NOGALES MÉNDEZ, R., *Cuatro años bajo la media luna. Su diario e impresiones durante la guerra mundial en los diversos frentes de Europa y Asia.* Madrid, Ed. Internacio., 1923.
RULFO, J., *El llano en llamas*. Méjico, FCE, 1955.
WERFEL F., *Vierzig Tage des Musa Dagh.* Amsterdam, Forum, 1939.